Juan José Pacheco Balanza

Nacido el 15 de Febrero de 1960 en la ciudad de Sucre Bolivia. Poeta y pianista aficionado. Licenciado en Historia.

Publicaciones poéticas esporádicas: Una selva en el claustro (1994). Furgón de cola (1999). La conciencia del vacío (2005) y otras muchas extraviadas en periódicos y otros medios olvidados.

Consciente de la tristeza de todo lo que nace y de la perdurabilidad de la belleza.

CIUDAD NEGADA

La cordillera de los frailes trasciende la ciudad

tutelada por el cerro del obispo

tras las laderas de intenso verde

ella se nos muestra.

Debemos avanzar los ojos sobre los cerros

tras una espléndida masa de nubes

livianas

de prestancia única.

Las nubes de la ciudad

nubes de los sueños perdidos.

El campo se percibe cercano

al frente

pareciera que la ciudad se encuentra teñida de campo

desde la infancia

como la patria

la historia

y el destino.

Los pájaros pueden oírse

las flores de abril manchan todavía la tierra de colores.

Sin escoger el lugar

y no ante una hora nueva

las conjugaciones únicas y misteriosas

nos traen aquí

con calma

como si tuviésemos miedo

como extranjeros.

A la izquierda la montura de Quilaquila

en sus laderas corren los manantiales

y se percibe la fragancia indescriptible de las sesgas

flores tímidas

íntimas frágiles

acaso frías.

No me es posible pensar

lo siento

no me es posible.

Es otra cosa sentir la ciudad.

La construcción que toda ciudad implica.

La elocuente postulación de lo común.

Las calles y plazas

los callejones oscuros

las plazuelas

los mercados

los bares

las cantinas.

Hay algo de desesperado en la ciudad

algo exasperado.

Se lo adivina en los colores del ocaso

en la arquitectura ahorcada

en los sonidos reiterados

en los escondrijos.

Y algo de sublime

en cada calle vacía

en las gradas ocultas

en los rincones

sobre los techos.

La ciudad de la nostalgia.

Las construcciones inermes
rodeadas de aire blanco

una extraña sensación la de este aire puro.
Y como un latido trunco

como una melodía acallada
o quizá como un lamento

la ciudad manifiesta su hastío
y demuestra su farsa.

Una farsa notable
enorme y tardía

de actitud histriónica.

Como una cita con el olvido

una presunción sin fin
una advertencia al futuro.

Los papeles guardados

las iglesias

los hospitales en los que la ciudad se desnuda

parecen una evocación santa.

Y todos nosotros atrás

observamos

asombrados

como rebeliones pasajeras

somos unas razones desquiciadas aunque verdaderas.

Puesto que la ciudad se instala y se borra en nuestras cabezas de loco.

Como una condición de lo absoluto

puesto que uno pretende morir

donde ha nacido.

Morir al pie de los cerros

debajo de los tarcos

bañado de flores lilas

con el viejo aroma del útero y el nuevo de la tumba.

Con un inexplicable desprecio por el mundo.

Como cuando te pones a pensar de modo ensimismado.

Y el fuego casi se apaga

las llamas no pueden alzarse
los ojos están mustios

las sonrisas heladas
los pies inmóviles.

Los vuelos de la imaginación
y los de la sangre

están inscritos en los designios de la ciudad desesperada.

Entretanto ella misma teje su ausencia

desbarata su origen

e hilvana el entramado mágico de su vestido antiguo.

El cuento de la ciudad

la leyenda de la ciudad

la historia de la ciudad

la vida de la ciudad.

Y nuestra vida.

A la hora del crepúsculo

en que los colores se encienden

los rojos sobre el azul del cielo son intensos

y el horizonte se recorta al fondo.

Nos acercamos a la ciudad desde la memoria.

Ahora que todos han escapado

y los muros han caído

los rayos destellaron sus luces sobre el negro inmenso.

Ha de ser por el vagabundear de las razas

por los habitantes

los sucesivos visitantes

antes y aún antes.

Ha de ser que es imposible

suponer el sentido del tiempo.

Desde la perspectiva de la soledad

es imposible suponer el sentido del tiempo.

Será posible sobre una presunción absurda

que sólo comunica sombra

y arrea lunas.

Y nosotros parados sobre las naves quemadas

bloqueando los últimos caminos

que nos permiten salir.

Y partir.

De pronto me encontrarás vagando nuevamente entre los cerros

como un viejo *beatnik*

al que los ojos le estallan

al sólo imaginarse otro lugar y otra vida.

Aun cuando los viejos derroteros de la sangre

presentes aquí como brasas

lo calienten todavía todo.

Todo lo que está supuesto

supeditado

inmerso

y calmo

finalmente está muerto.

Un picaflor

detenido ante la mirada

fortalecido en la imagen

sólo atina a posarse

sobre la ciudad que no se mueve.

Como una dama parada sobre el blanco del damero

ella espera a la condición de la duda que acude presta

y se esconde

se oculta detrás de los visillos en las ventanas

atisba desde los balcones.

Sus ojos ya no parecen decir nada.

Todo parece ocultarse

en el pasado.

Todo es un artificio

una condición del momento

un producto de la imaginación

un suceso fatal

incluso una causa justa.

Las suposiciones del absurdo aquí se presumen

las suposiciones de la perdurabilidad

las figuraciones del encanto.

Las fuentes del infortunio universal.

Y como golondrinas

volando tan libres

rememoran con alegría su llegada repetida.

Así nos hallamos a los muertos en las calles de la ciudad.

Ellos tan serenos han visto como todo esto les gustaba tanto

y comentan que todo ahora parece tan joven.

Cuánto hemos crecido

con nuestra filosofía del fracaso
hemos celebrado las diferencias y las desigualdades.

Las rejas tras las que nos encerraron se han abierto.
Y como cuando algo acaba o comienza
nos encontramos nuevamente ante la duda.

Con los espíritus colgando de los bolsillos.

Puesto que en otra geografía hubiésemos sido santos
con esta serenidad trasladada

todos creímos
en la salvación de la carne.

Y como en el *jazz*
improvisamos

tras una sola forma
con disimilitud

como en una vieja iglesia

fue una cuestión de creencias.

Y el concepto acerca de las tradiciones

y los orígenes desconocidos e intrascendentes.

La interpretación de la libertad

de la locura

la lealtad

y acaso incluso la dignidad.

Apreciadas como una bandera de guerra.

Una bandera a la que todos siguen

a la que dicen amar.

Y un escudo.

El escudo de la derrota.

Antiguas inspiraciones todavía pulsan las guitarras

tentándonos desde las chicherías.

Puesto que somos unos pocos

los que quedamos aquí

tendiendo un puente hacia el mundo

exigiéndole cuentas.

Pero

insistiré en quedarme

aquí en esta vieja casa.

Al lado de mi madre muerta.

Pacha Madre.

Las campanas llaman

al *Ángelus*.

Tenemos en una mano el fuego

en la otra el barro.

Oímos los últimos gritos de la tribu

sujetos a la condición del hombre.

Juguemos seremos por siempre unos niños.

Déjame sentarme a tu lado y naufragar contigo

dejemos que el olvido impulse los pensamientos.

Como ante un *dejavú* las tropas del Inca pueblan el paisaje

y los sonidos de los arcabuces lejanos se escabullen en la memoria.

The time is silence.

Ya nadie discute acerca de los reinos.

Y el sol invade las posibilidades reales de la mañana.

Es posible volver a empezar

casi todo nos recuerda a la vida

a esta hora del día.

Y estás solo y representas el mundo.

Eres incansable y marginal

inapropiado

como la ciudad misma.

Y si pretendes que los sucesos se transmuten en hechos

y la nada pueda convertirse en nostalgia

ahora que las calles se han llenado de desconocidos

y todos los rostros te son hostiles.

Tan solo debes negarlos y acordar en los hechos el futuro.

Un infierno recurrente que nuevamente tendremos que descubrir y nuevamente.

Pero es evidente que se puede sobrevivir a las imposiciones

aun cuando te pudras alentando la vista de los cerros

o te encuentres pretendiendo comprender los secretos urbanos.
El precio de la entrada

es el de la despedida predicha
en que la condición de la libertad podría ser defraudada.

¿Y cuándo sería que tu mirada perdió su objeto?

Acaso haya sido ante lo subalterno.

Acaso haya sido ante la locura.
O acaso sea esta la última condición del infortunio.

Y aquel sabor desconocido en el fondo de la lengua
que es como un recuerdo marchito en el tintero de la noche

hará que envejezcamos prematuramente.

Nunca se nos había reconocido el sexo

ni la condición social

no habíamos conseguido ocupación

ni función reconocida.

Entretanto yo despreocupado dormitaba en un corredor abandonado sobre un sillón roto.

Los perros en la casucha cerca también dormitaban.

El trigo en las altas pampas ya se había doblegado.

Desde el fondo macizo de la botella

se definiría mi futuro

sobre la voluntad del miedo

puesto que debía de correr la sangre

y derramarse sobre el cáliz abierto entre tus piernas

para descifrar el enigma.

Pero confiaríamos antes en los pálpitos engorrosos

y en las dudas íntimas.

Ya que las sensaciones de tu estirpe
percibieron los deseos truncos de la ciudad

y adivinaron sus antiguas inquietudes.

Y los sueños transitaron veloces por las carreteras del futuro
y volvieron aquí

irremediablemente.

Un par de hombres desconocidos
abandonaron el bar

y los parroquianos
abrigaron la esperanza de estar a salvo.

Todos inmersos en el limbo de la ciudad

parecían comprender que el fin se acercaba
que la era del ímpetu había concluido.

Los murmullos estuvieron rodando por las calles mudas
como bolas de hierba seca.

Y la pretensión de la sabiduría
y la del conocimiento

parecían acompañarlos.

Y a los que no advirtieron el soplido hosco del viento en las calles vacías

los murmullos muy tarde en la plaza sombría

las mentiras que desde muchos años se adueñaron del paisaje.

Habrá que advertirles lo que nos costará volver al bosque.

Hemos de dirigirnos hacia los destellos de luz
sobre las rutas abiertas.

Seguiremos los pasos de los poetas

como únicos guías a través de la desesperanza.

Y daremos crédito a su martirologio único

y a sus grandes delirios.

De seguro entonces ya no estaré

y habrán sido abandonados estos preceptos.

He de disculparme por mis pensamientos extravagantes.

Disculparán mis pretensiones cultas.

Puesto que ahora he entendido la noble función de la naturaleza.

Y entiendo que estoy solo

y no estoy a salvo.

Aquí ante los dioses menores del Tangatanga

será que me encuentres

Oh Sol.

Yo

hombre

presente en la ciudad

te invoco nuevamente.

No me respondas.

Todo nace en el tiempo señalado.

Ellos se han ido

quizá también tú Sol vayas a irte.

Pero te hemos visto volver todos los días.

Al fin Sol ante ti en la mañana hablaron los niños

como ante el espíritu del tiempo

en forma delicada y simple.

Los niños podrán salvarse.

En este momento en las calles

ellos esperan hora tras hora que la ciudad les sea donada.

Y nos perdonarán

y con sus miedos largos

navegarán lejos suavemente sobre las formas retardadas de la ciudad

ante el espíritu de los pueblos

luego de quinientos años de desprecio.

La cúpula se encuentra escondida tras un continente de árboles.

Nos interrogaremos hasta comprenderlo

retrataremos en nuestras pupilas

los destellos de la pérdida.

Mantendremos siempre la cualidad de la soledad

y la del abandono.

Enfrentaremos todas las súplicas

pero no nos detendremos.

Andaremos por entre las casas vacías

andaremos por entre las montañas solitarias y los ríos secos.

Contaremos tan sólo con la memoria de los muertos

y el futuro incierto de los astros.

Las pretensiones de la sociedad

se reducirán junto con nosotros a cenizas.

Cuenta entonces ciudad conmigo

que soy capaz

de quedarme entre tus despojos

y engañarte.

Puesto que todavía pretenderás existir

antes de disolverte entre las calles desiertas.

Pregúntale a él y no a mí

yo no te lo puedo decir ahora.

Pues soy casi un extraño.

Hasta que la soberbia de la razón me asuste.

Ella me preguntará ¿encuentras aquí algo malo?

Ella no me conoce

y me avisa que ya no soy el de antes.

Los testigos que suponían mi presencia ya no existen.

Aun cuando viviré todo el tiempo que sea necesario en esta vieja casa.

Entretanto ya anochece con colores tan suaves

probablemente podamos nuevamente sonreír

hasta que nos alcancen las horas.

Me quedo aquí

enfrente de esta sensación de abandono

beberé unas copas de vino.

El ánimo de la noche se ha disipado

nuevamente todo parece estar bien.

La madrugada invita a dormitar.

Estamos bostezando

probablemente logremos sobrevivir.

Table of Contents / Indice